



---

# **Antonio Iturbe**

## Música en la oscuridad

© Antonio Iturbe, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-322-4345-5

Depósito legal: B. 5.235-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

*Barcelona, 1977*

Es domingo, la lluvia empapa el parque de la Ciudadela donde los gatos han convertido la vieja máquina de tren en una casa de hierro que gotea óxido y vísceras de pájaros. En el quiosco redondo de la música, de un modernismo vagamente oriental, situado frente a la cascada de los dragones chinos, la banda municipal se apretuja, las barrigas de los músicos presionan los botones de falso oro de los uniformes, agitan instrumentos de latón y bronce. Tocan marchas enérgicas con brío como si hiciera sol, aunque la mañana lluviosa haya vaciado el parque y el hombre callado que vende almendras garrapiñadas, gajos de coco y martillos de caramelo haya tapado su carrito con una lona gruesa donde tamborilea el agua.

No todos se han ido. En la explanada de tierra, atento a esa música que de tan alegre suena triste, permanece de pie bajo la lluvia un anciano solitario vestido con un impermeable azul oscuro. Se llama Jerónimo. Lleva agarrados con firmeza a sus dos nietos, que andan tirando de sus manos ásperas de agricultor para librarse de esa tabarra metálica de trombones y platillos, para poder pisar los charcos. La cabeza de Jerónimo sigue el compás y

---

bajo las cejas de pelos blancos, tiesos como alambres, los ojos le brillan. Ellos no lo pueden saber: es un brillo de juventud.

Han oído anécdotas, apodos raros de gente, refranes de ese lugar remoto de donde emigraron a la gran Barcelona llamado Las Casetas, aunque todo el mundo, para economizar, le llamaba Casetas. Habían regresado algunos veranos calurosos en trenes lentos que olían a pies, una población pequeña en la que temían extraviarse porque a pesar de ser minúscula estaba rodeada de campos infinitos. Una de esas historias deshilachadas que a veces iban y venían en la mesa de la cocina al poner y quitar los platos era la de que su abuelo había tocado el saxofón tenor, pero ellos nunca lo vieron tocar ningún instrumento ni afinar otra cosa que no fuese esa navaja que llevaba para pelar la fruta y afilar unos lápices minúsculos con los que iba dejando la fecha y la firma en las paredes en un afán de mostrar que él, aunque fue poco a la escuela, sabía escribir su nombre. La suya no era una familia culta, su madre lo repetía muchas veces: ellos eran obreros. En su casa la única música era la de las cintas de casete que regalaba la caja de ahorros por Navidad junto al calendario y unos bolígrafos de propaganda.

Años después, cuando el nieto pequeño ya está en la edad del regreso, al rebuscar en uno de esos armarios de lo inútil que no se abren nunca, encuentra aquel impermeable azul de su abuelo confeccionado en Bilbao que se ponía las mañanas lluviosas de domingo. Mete las manos en los bolsillos del viejo chubasquero y las saca llenas de preguntas sin respuesta. ¿Por qué nunca lo escuchó tocar? ¿Por qué en los años 1930 en una población agrícola pobre, de gente mayormente analfabeta, con casetas tan

bajas que había que entrar rezando, un campesino rudo como su abuelo llegó a aprender a tocar un instrumento tan refinado como el saxofón? ¿Cómo es posible que de sus dedos encallecidos de esquejar remolacha y sus manos orinadas para aliviar la piel agrietada emergiera la delicadeza de la música?

*Mallén, 1915*

El silencio de los campos se convierte en los oídos del pequeño Mariano en un hilo de sonido continuo, agudo, infinito. Durante años va a creer que el silencio tiene su propia música hasta que, ya mayor, un médico le explique que ese pitido permanente es un acúfeno, que no viene de ninguna parte, que está dentro de él.

Se le ha hecho tarde jugando a fabricarse una flauta con un junco. El aire del Moncayo corta los labios, sella las puertas de las casas, levanta remolinos de polvo y frío. Busca abrigo en la iglesia a esa hora en que ya ha terminado la misa y el cura está en el casino echando la partida, pero allí dentro el frío es más frío. La oscuridad, más oscura. Se pone de puntillas para tomar agua bendita y santiguarse. Dios le escuece en los labios. Los cirios agrandan las sombras. El aire está saturado de olor a cera derretida.

Salta sobre uno de los travesaños donde se arrodillan los domingos y cruje como cruje el hielo.

Se detiene frente a la escultura del Cristo de la Columna que sacan en procesión el Jueves Santo por todo Mallén. Le piden con rezos y promesas que traiga lluvia en los meses de secano, que devuelva la vista a los ciegos,

---

que haga caminar a los tullidos, que los sordos oigan. La gente le tiene fe a ese Jesús maniatado brutalmente a una columna de piedra. Siente el dolor de esas manos retorcidas hasta darse la vuelta como si le hubieran quebrantado los huesos. Lo fascinan las costillas que tensan la piel de mármol, la blandura del ombligo y ese cuerpo que sangra, que debería ser de piedra pero es carne. La figura de Jesús tiene en la mirada algo que no es amor hacia esa humanidad a la que ha venido a salvar, sino una mezcla de decepción y desprecio. En ese momento, la estatua del Cristo mueve sus ojos y lo mira.

Se asusta tanto que no puede gritar.

Echa a correr por el pasillo de la iglesia apagando las velas a su paso, sin mirar atrás, dándole la espalda a Dios.

Corre aterrado, tropieza, no tiene edad de llevar pantalones largos y al caerse se levanta con la rodilla descorchada, y sigue corriendo, gotea sangre negra, moquita, miedo. Corre hasta los campos. Trata de tararear algo que lo calme, pero tiene un nudo en las cuerdas vocales, el corazón en la boca, los ojos de piedra clavados en el pecho.

En la oscuridad alumbrada por la luna huele al alfalce cortado, a plumas de gallina, a tierra seca. Atraviesa campos donde el maíz que nace se convierte en garras con uñas de cuchilla. Quiere tararear y no puede. Quiere silbar y no puede. Deja atrás los campos labrados del tío Severo empapados de estiércol y noche. Desde el camino distingue la silueta a lo lejos de una paridera abandonada que ya no se usa para el ganado desde que encontraron colgado de una viga con su propio cinturón al tío Liendres. Dicen que tenía el mal de los pastores solitarios, que de tantas horas de pensar en el silencio de los montes se les cuajan los sesos y acaban cortándose las

---

venas con el cuchillo como si fueran queso tierno o se cuelgan del cuello y se van de este mundo enseñando una lengua morada tan hinchada que parece que les salga el hígado por la boca. Siente que se le hincha su propia lengua y grita.

Con el grito, los nudos de la garganta se deshacen. Jadea y corre y empieza a canturrear. Una nana que le susurraba su madre, que aún le canta cuando está malito.

*Pajarito que cantas  
en la laguna  
no despiertes al niño  
que está en la cuna  
ea la nana, ea la nana  
duérmete lucerito  
de la mañana*

Sigue cantando, cada vez más fuerte. Y las garras regresan a la tierra, las estatuas vuelven a la piedra, la noche a la noche.

Tras la curva del camino aparece por fin la casa, la luz.

*A dormir va la rosa  
de los rosales  
a dormir va mi niño  
porque ya es tarde*

Lo aprende ese día y ya nunca lo olvida: la música es lo contrario del miedo.

*Casetas, 1930*

Mariano se hizo socialista para no tener que volver a entrar en una iglesia. Los socialistas no creen en las supersticiones sino en la ciencia, no creen en la justicia de Dios sino en la justicia social, no creen en las desigualdades sino en el reparto de la riqueza. ¿Pero no era eso lo que decía una parte del libro sagrado, la que más le gustaba? ¿No fue Jesús de Nazaret el primer socialista de la historia? ¿No lo dio todo a los demás, hasta su propia vida? Pero le parece que los obispos no lo ven así, que son más partidarios de acumular que de repartir.

Las últimas calles de la ciudad se han llenado de tierra y pájaros muertos, de sembrados grises esperando que pase el invierno. Los pensamientos saltan en su cabeza con los botes del carro. Baches, piedras, barro, sacudidas. Nadie habla. Los ejes de las ruedas gruñen. Por dentro, algo salta. Será su corazón que golpea más deprisa que otros días porque hoy empiezan una nueva vida.

Saca del bolsillo un ejemplar de la revista *Estampa*, se la compra siempre que puede gastarse los 30 céntimos. El papel está arrugado de tanto mirarlo. Se va hasta la página donde entrevistan al aviador Ruiz de Alda, que prepara una vuelta al mundo por el aire. Los tiempos avanzan

---

y es necesario que el país no se quede atrás. El propio periodista se sube al aeroplano para contar lo que ve desde arriba y el vaivén del carro le mueve las letras. Da igual, se sabe el artículo casi de memoria. El periodista explica que se mostraba receloso, que no podía ponerse las gafas del temblor de las manos por la inquietud de volar, pero cuando despegan y mira las cosas desde el aire lo describe todo con entusiasmo: ¡Un pueblecito!... ¡Unas mulas arando!... ¡La pequeña oruga negra del tren!

A Mariano le fascinan esas máquinas voladoras que al mirar desde arriba empiezan a desvelar todos los secretos del planeta. El progreso le ha quitado a Dios el monopolio de mirar desde el cielo.

El traqueteo del carro hace temblar a Joaquina, que agarra con fuerza el baúl donde han metido su vida entera lo mejor doblada posible, porque ella es cuidadosa, incluso metódica. No como Mariano, que se cree muy sensato, pero ella lo tiene calado y sabe que tiene siempre la cabecica en las nubes.

Mariano también tiembla. Se sube las solapas del abrigo de lana inglesa. Un sastre ha de tener un buen abrigo para mostrar lo que sabe hacer, pero tampoco demasiado lujoso; su padre le enseñó que un sastre nunca ha de llevar un traje mejor que el de sus clientes. A veces veía cómo la gente pudiente venía a casa y el traje les parecía estrecho o ancho o corto o largo, porque nadie está contento nunca, porque todo nos parece que podría ser mejor de lo que es, y veía a su padre disculparse, asegurar con la cabeza gacha que lo reharía de nuevo, sin coste por supuesto. Le hace daño por dentro recordar a su padre agachando la cabeza ante la gente adinerada.

Él fue educado en la modestia y es un hombre humilde, educado, servicial. Podría decirse que es una per-

sona apocada. Pero por dentro, en ese fondo interior oculto incluso para uno mismo, hay un chapoteo de insumisión. Ha heredado de su padre la profesión de sastre y esa fascinación por la música que viene de muy adentro. A veces piensa que el impulso de ser músico surge de esa necesidad de coser algo sin hilo ni tela, que no pueda pertenecer a nadie. Ya sabe que tocar una pieza musical no es más que soplidos de aire y ondas sonoras que se juntan unas con otras, que no hay misterio ninguno en eso. Pero a veces se pregunta si ese impulso de tocar no nacerá en alguno de esos ríos subterráneos de rebeldía.

Empieza a sonar Mozart en el gramófono de su cabeza. Mozart con su peluca de polvos de arroz. Mozart hundiendo sus zapatos vieneses de charol y sus medias blancas en el fango de los campos que huelen a paja podrida. Mozart sembrando en esas tierras tristes a las afueras de Zaragoza la gran Sinfonía en sol menor, la número 40. Cierra los ojos. Ya está dentro. Puede ver al maestro dirigiendo la orquesta con su mano blanca de cura. Mozart, cuando ya la tenía terminada, decidió añadir *in extremis* a la partitura unos clarinetes, casi de tapadillo, pero en esa sinfonía su lluvia fina acaba imponiéndose a la voz recia de los oboes. Las corcheas de fondo son un latido, son cada vez más pulsantes, traquetean con el movimiento de carro, saltan afuera y se pierden en la tarde, en el camino que queda atrás. Ya no le pertenecen, se las han comido los gorriones. Se sacude de la cabeza una idea absurda: esas notas tienen algo de profecía lúgubre, como si quisieran advertir de una catástrofe.

Cuando le contó a Joaquina que le habían ofrecido el puesto de director de la banda municipal en un barrio rural a 15 kilómetros de la ciudad, él estaba demasiado

---

eufórico para darse cuenta de que ella arrugaba el gesto como si escurriera un trapo mojado.

La euforia es una felicidad de cerilla que arde un momento y enseguida se apaga. Ella sabe que nadie más habría aceptado irse a ese lugar en medio de ninguna parte. La señora que le vendía cada día el cuartillo de leche le ha explicado que ahí las viviendas son tan pobres que le llaman el barrio de Casetas, que es una estación de enlace por donde pasan muchísimos viajeros, pero ninguno se queda.

Les llega amortiguado el bisbiseo del carretero. Jerónimo, al que llaman el Castro, va susurrándole algo al macho. Se entiende mejor con los animales que con las personas.

Los animales no te piden nada y te lo dan todico. Las personas lo único que damos son disgustos.

Prefiere hablarle al mulo, esa criatura solitaria resultado del acople brutal de su padre asno con su madre yegua, porque nunca le lleva la contraria; asiente a todo lo que le dice con un cabeceo resignado.

Se pone a chispear y Jerónimo empieza a cagarse en Dios. Cae un agua pesada cargada del lodo de los Monegros y enseguida se quita el impermeable, aunque haga un frío que coagula la sangre. Lo dobla con cuidado y lo guarda en la cajica de madera, no fuera a manchase. ¡Con lo que ha costado! Y todavía faltan dos plazos por pagar en la tienda de la Experta. Bueno, lo ha pagado Julia, le explica al mulo, que para ella no gasta ni una perrica, pero le gusta que él vaya muy pincho.

La voz de Mariano suena extraña en la tarde. Demasiado sonora, excesivamente humana en esos campos que pertenecen a la remolacha y el alfalce, a las picarazas de plumas negras que picotean insaciables, a la caída de la tarde que empapa el aire de frío.

—Soy el nuevo director de la banda.

No recibe respuesta. Jerónimo ya tiene suficiente conversación con el macho. Que este gacho alguna cosa va a pedir.

—Igual a usted le interesa la música.

Silencio. Chirrido de ejes. Por la boca muere el pez. Traqueteo.

—También soy sastre. Igual le hace falta un traje para los días de guardar.

Jerónimo contesta con tono irritado.

—A mí lo que me hace falta son dineros.

Más silencio, más bandazos. En boca cerrada no entran moscas. Más frío de enero.

Mariano mira a Joaquina encogiéndose de hombros. Habría querido ofrecerle para empezar su nueva vida un transporte mejor que ese carro con olor a gallinero y ese cochero de mala sombra. Pero las sombras no se eligen, son ellas las que nos persiguen a nosotros.

Atraviesan Utebo, pocas casas, una torre de iglesia mudéjar donde el sol apenas calienta los azulejos. Después, más campos silenciosos, olivos, una zona de frutales esqueléticos y más campos amarillentos cruzados por el sistema linfático de las acequias. Más allá, unas hileras de casas cochambrosas sobre calles de tierra, más torcidas que rectas, tan bajas que alzando la mano tocarías las tejas: el barrio de Casetas.

Antes de llegar, pasan por delante de la sima, una brecha abierta en el terreno donde la gente sensata no se acerca. Los geólogos tratan de explicar que la sima se produce por la erosión de la roca caliza a causa de las filtraciones del río Ebro. Pero solo la tierra sabe por qué se abre. Hay alguien de pie asomándose a esa raja profunda como si quisiera ver adentro.

---

Él no es supersticioso. Los socialistas no creen en patochadas, pero le importa el orden en que suceden las cosas. Se fija en esa primera persona del pueblo que se cruzan al llegar: una mujer, un vestido largo morado que parece de otra época, una gandaya en la cabeza que no es como las pañoletas finas anudadas en la barbilla que suelen llevar allí las mujeres, sino más bien una cofia alargada de color amarillo oscuro como un calcetín que recoge el pelo rojo que le cae hasta la cintura. Ven que se gira hacia ellos como un animal cuando ventea.

Jerónimo murmura muy seco:

—Haga como que no la ve.

—¿Y qué hace ahí?

—Ni lo sé ni me importa.

—Pero algo hará...

Jerónimo resopla y se caga en la Virgen no muy disimuladamente. A ver si se lo puede explicar corto y claro a ese forastero para que lo deje en paz.

—Dicen que va a la sima a hablar con el diablo.

—¿Y eso?

—Es la bruja.

—¿Por qué la llaman así?

—Tiene el don.

Mariano le hace una mueca a Joaquina. Cuando dicen de alguien que tiene el don es que te pone las manos encima y se te seca una verruga del tamaño de un garbanzo o dice unos recitados mientras quema unas raíces cogidas con la luna nueva para curar la pulmonía.

Agita la cabeza a lado y lado con disgusto. En España, en muchos pueblos no hay biblioteca, no hay cinematógrafo, no hay ni escuela, pero siempre hay un curandero que sana a la gente con cuatro yerbas y cuatro conjuros. Las ideas le traquetean en la cabeza. Hacen falta médicos

en lugar de charlatanes. Más maestros y menos curas. Esa mentalidad supersticiosa sitúa a España a la cola de Europa, sueña con cambiar ese país atrasado. A la gente no hay que darle sermones ni remedios mágicos sino tierra y escuelas. Se necesitan más lecciones de geografía, más matemáticas, más música, y menos milagros.